

El libro del trimestre

Juan Luis Ruiz de la Peña: Una fe que crea cultura.

Edición de Carlos Díaz.

Colección Esprit, nº 29. Caparrós Editores, Madrid, 1997. 353 páginas.

Andrés Simón Lorda

Director de la Colección Esprit. Miembro del Instituto E. Mounier.

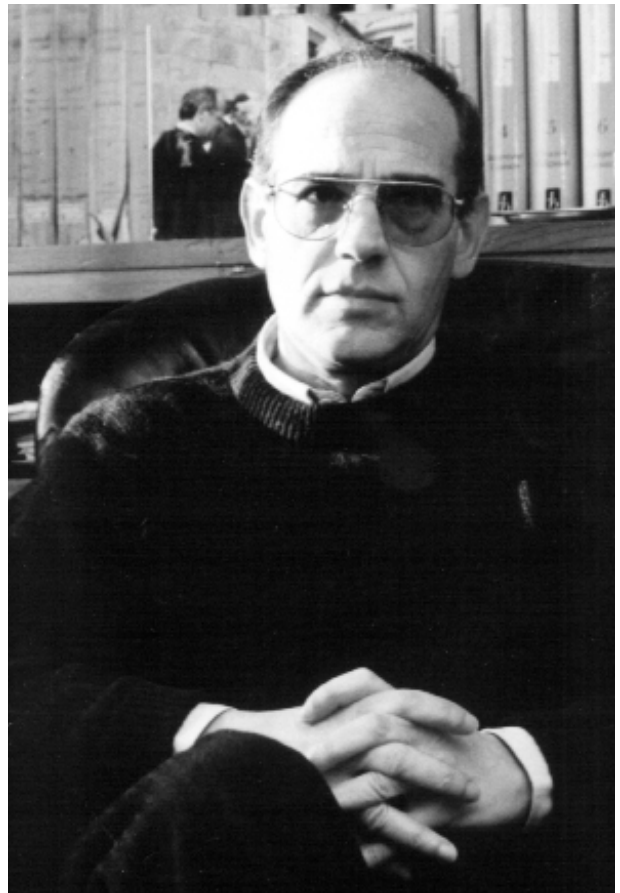
Sin lugar a dudas Juan Luis Ruiz de la Peña ha sido uno de los teólogos más importantes con que han tenido la gracia y la dicha de contar tanto la Iglesia como la sociedad españolas de la época posterior al Concilio Vaticano II. Con su prematura muerte en septiembre de 1996, cuando tan sólo iba a cumplir cincuenta y nueve años, perdemos una voz lúcida acerca de nuestro presente, acompañada por una prosa diáfana y profunda, pero sobre todo nos vemos privados de un fino oído, como buen músico que era Ruiz de la Peña, para lo divino y, por tanto, también para lo humano, suelo firme desde el que construía su discurso.¹

Viendo el título de sus libros fácilmente se descubre cuáles fueron los principales asuntos en torno a los cuales pensó, enseñó, escribió, ... *Teología de la creación, Imagen de Dios, La otra dimensión, El último sentido, El don de Dios, La pascua de la creación, Crisis y apología de la fe*, etc., permiten agrupar la teología de Ruiz de la Peña en torno a los siguientes núcleos: creación, antropología, gracia, salvación y diálogo fe-cultura.

La obra objeto de la presente reseña no se encuentra entre los libros publicados en vida por el propio Ruiz de la Peña, tampoco es, como en el caso de *La pascua de la creación*, un texto sobre cuyas pruebas estuviera trabajando hasta el último aliento y tan sólo quedase huérfano de prólogo; en esta ocasión se trata de un volumen, editado por Carlos Díaz, en que se recogen la mayoría de los artículos que Ruiz de la Peña no incorporó luego a sus libros. Para tal recopilación el propio autor no dejó indicación alguna, así que a la condición mencionada se ha sumado como criterio para incluir un artículo en la obra el siguiente: «editar aquellos artículos no exclusivamente teológicos, es decir, aquellos que, escritos desde la teología, constituyen una aportación al pensamiento y a nuestra comprensión de la realidad siempre en diálogo con la filosofía, la cibernética, la biología, la física, etc. Así las cosas, la agrupación de estos textos, externa, se anuclea en torno a cuatro epígrafes a tenor del asunto estudiado, si bien su carácter interdisciplinar podría situar a tales o cuales textos bajo éste

o aquél rótulo; por eso nuestra demarcación temática sólo quiere ser orientativa, y tampoco pretende ofrecer una guía de lectura, en la medida que cada uno de los artículos fue pensado independientemente y se puede leer de forma autónoma».²

El título de la obra, *Una fe que crea cultura*, creo que recoge adecuadamente el talante y la intención de los artículos de Ruiz de la Peña. El diálogo fe-cultura, fórmula de expresión esta, ampliamente extendida y en mi opinión un tanto equívoca, no consiste en poner en relación dos magnitudes independientes, la fe y la cultura, y ver cómo varían si cambiamos



una u otra. La fe, la experiencia religiosa del hombre, no es un añadido, una «prótesis», a algo ya acabado, el ser humano. Sino que, como recuerda Zubiri, el problema de Dios es «un problema que el hombre tiene que plantearse, mejor dicho, que nos está ya planteado por el mero hecho de ser hombres. Es una dimensión de la realidad humana en cuanto tal».³ Así, pues, en dicho diálogo se trata de comparar dos comprensiones de la realidad para ver en qué medida ayudan o entorpecen el pleno y verdadero desarrollo humano. Tanto el creyente como el increyente crean cultura, la fe no es un mero reducto privado de sacristía.

Como es evidente, para crear dicha cultura el creyente no puede pretender que la sola dimensión religiosa baste. Es necesario un conocimiento y un diálogo con el resto de los saberes, cuyo fruto será un mutuo enriquecimiento. Los artículos que están recogidos en el libro son todos ellos modelos ejemplares de este diálogo franco y respetuoso de la teología con un buen número de saberes. ¡Qué triste que la cultura de los centros de poder haga oídos sordos a este diálogo! ¡Qué lamentable que dicha cultura se haya quedado anclada en el recuerdo de la errada cerrazón eclesial, hoy dejada de lado, a la ciencia o a algunas situaciones sociales! La falta de reflejos mostrada entonces por la teología, la vuelve a repetir ahora dicha «cultura oficial».

Los artículos recogidos están agrupados en torno a cuatro epígrafes: La sociedad secular, La realidad como creación, La constitución de la persona y Esperanza, muerte y Dios. A los que se añade una bibliografía que recoge los libros y artículos publicados por Ruiz de la Peña.

La tarea que lleva a cabo Ruiz de la Peña en estos textos es triple: por un lado expone qué es lo que la teología cristiana dice sobre el asunto a tratar (creación, libertad, determinismo, azar, el hombre, la esperanza, la felicidad, la ética, etc.), para lo cual se vuelve a las fuentes de donde mana la experiencia cristiana. Muchas veces es necesario rechazar imágenes tópicas acerca del mensaje cristiano y su intención, alimentadas tanto por creyentes como increyentes. Hay pues un elemento purificador de la opinión común. Por otro, se busca, también en sus textos originales, lo que otros saberes tengan que decir acerca del problema discutido. Contrastando ambas respuestas es fácil determinar qué tiene en común la aportación cristiana con las otras y también en dónde reside la especificidad de la cristiana. Finalmente, Ruiz de la Peña expone en qué medida esas otras propuestas ayudan a entender mejor el propio mensaje cristiano y también valora esas voces teniendo en cuenta si verdaderamente llevan a una comprensión y a un desarrollo plenos del hombre, denunciándolas en caso de no ser así.

Veamos algún ejemplo de ese diálogo mantenido por Ruiz de la Peña en relación con alguna de las cuestiones suscitadas en este número de ACONTECIMIENTO. Tomemos, por ejemplo, la creación. Los dos primeros capítulos del Génesis, el capítulo 11 del libro de la Sabiduría, el prólogo del evangelio de Juan son algunos de los textos centrales de la doctrina cristiana de la creación. Las disputas en torno a las teorías de la evolución de la vida animal y del mismo universo han llevado a un buen número de personas a rechazar dicha doctrina bíblica por contraria a la ciencia, y por extensión al conjunto de la religión. Pero, ¿tiene sentido tal confrontación entre Biblia y ciencia? La respuesta de Ruiz de la Peña será un rotundo no. Eso sí, conviene no dejar a un lado las razones aducidas para ello. Es preciso reconocer que esta polémica mantenida con estas teorías científicas ha servido para recuperar lo esencial del mensaje cristiano de la creación y darle su justa medida a un elemento que siendo secundario dentro de él se había convertido en el centro. Frente a la idea manida y generalizada de que en la Biblia habría una respuesta acerca del cuándo y cómo de la emergencia del mundo y del hombre, toda esta polémica ha permitido recuperar la verdadera intención de la idea bíblica de la creación que no es otra que revelar el porqué y para qué de la realidad creada: «el porqué es el amor divino en cuanto comunicador del ser, el *para* qué es ese mismo amor en cuanto salvador y plenificador de todo lo creado».⁴ De forma que es claro que «la doctrina cristiana de la creación no quiere ser una teoría sobre el origen del mundo o sobre las modalidades de sus comienzos: es más bien una interpretación religiosa de lo mundano, según la cual *el mundo es porque Dios le ha conferido el ser*. Por tanto, el mundo existe como criatura: no tiene en sí la razón de su existencia, no es una magnitud absoluta, sino que implica una esencial relación de dependencia».⁵ una relación que –en tanto que amorosa– no es esclavizante, sino liberadora y personalizadora.

De esta forma desde el trasfondo de una metafísica del amor, del ser como don, se lleva a cabo una lectura de lo real. A este respecto, «que el mundo sea efecto de una causa eficiente divina es un aserto irrenunciable pero *teológicamente secundario* de la doctrina de la creación. Lo primario para esta doctrina es más la bondad y el amor de Dios que su omnipotencia. La teología creacionista ha invertido, por lo general, esta jerarquización, privilegiando el dato bíblicamente secundario (Dios, causa eficiente) y relegando a un segundo plano el dato religiosamente decisivo (Dios, causa final)».⁶ Bien es cierto que Dios como causalidad eficiente es necesario para sostener ese principio de amor, de ahí la insistencia, por desgracia desmesurada las más de las veces, que se hizo en tal aspecto.

Desde esta comprensión cristiana, ¿cabe decir científicamente algo sobre la creación? Obviamente, no. Elaborar una teoría científica sobre el origen del Universo no es objetivo de la doctrina cristiana. Ahora bien, lo que sí que puede hacer el teólogo es decir cuál de las distintas teorías que hoy hay formuladas es compatible con la visión cristiana del mundo. Ruiz de la Peña excluye la visión monista, pues sostiene que el mundo es absoluto, eterno, autosuficiente y capaz de generarse a sí mismo por su propia virtud; también hace lo mismo con los dualismos, ya que no compararía que haya parcelas de lo real impuras por naturaleza. «Donde sí que *puede hallar su expresión* el creacionismo es en un pluralismo emergentista *fuerte*. Entiendo por tal la teoría que reconozca a la realidad la posibilidad de superarse hacia el *novum* por saltos cualitativos (lo que explica la diversidad ontológica de lo real) y que induzca en ese proceso de plusdevenir el factor *creación*, esto es, la presencia en el proceso de una causalidad trascendente, que actúa produciendo *ex nihilo* la primera forma de realidad contingente y coproduciendo junto a las causas intramundanas las sucesivas emergencias de novedad».⁷ Estas palabras son conclusión de un artículo en el que previamente se ha expuesto, por boca de sus propias autores, dichas teorías científicas.

Otro tanto podría hacerse con la ecología,⁸ la analogía hombre/ordenador,⁹ la tentación biologicista,¹⁰ o

las parareligiones¹¹ –las llamadas remiten a sendos artículos del libro en el que se puede ver un tratamiento del mismo estilo que el resumido aquí para la creación–, pero las limitaciones de espacio lo impiden.

Notas

1. Un hermoso recuerdo de su figura es el que escribió Carlos Díaz, íntimo amigo de Juan Luis, en estas mismas páginas de ACONTECIMIENTO. Cf. Carlos DÍAZ: «Juan Luis Ruiz de la Peña, *in memoriam*», en *Acontecimiento* XII (1996/3), nº 41, pliego final.
2. Carlos DÍAZ: «Prólogo», en J. L. RUIZ DE LA PEÑA: *Una fe que crea cultura*. Colección Esprit. Caparrós Editores. Madrid, 1997. pág. 11.
3. Xavier ZUBIRI: *El hombre y Dios*. Alianza Editorial y Sociedad de Estudios y Publicaciones. Madrid, 1984. p. 12.
4. J. L. RUIZ DE LA PEÑA: *Una fe que crea cultura*. Edición de Carlos Díaz. Colección Esprit nº 29. Caparrós Editores. Madrid, 1997. pág. 122.
5. J. L. RUIZ DE LA PEÑA: *Op. cit.*, pág. 123.
6. J. L. RUIZ DE LA PEÑA: *Op. cit.*, pág. 170.
7. J. L. RUIZ DE LA PEÑA: *Op. cit.*, pág. 171. El primer subrayado es mío.
8. J. L. RUIZ DE LA PEÑA: «Tiempo para “sentir” la pertenencia a la creación», en *Op. cit.*, págs. 121- 131.
9. J. L. RUIZ DE LA PEÑA: «Sobre el problema mente-cerebro», en *Op. cit.*, págs. 258-267.
10. J. L. RUIZ DE LA PEÑA: «La antropología y la tentación biologicista», en *Op. cit.*, págs. 246-257.
11. J. L. RUIZ DE LA PEÑA: «Alma», en *Op. cit.*, págs. 204-208.